

CANTO RODADO
ANA GAITERO

HOJAS QUE NO CAEN

Hoy ha sido un día extraordinario. Como casi todos los días de mi vida. Estaba yo suspendida en el amarillo otoñal, en ese azogue luminoso que han cogido las hojas este año, perezosas en desprenderse de las ramas. Temerosas de caer al suelo, darse un suave trompazo y mezclarse con la tierra o ser barridas por la escoba municipal. Acomodadas al árbol como a un sofá vertical, expectantes en un anfiteatro con oxígeno acondicionado y vistas al sol y a la luna.

Las hojas, cuando se vuelven doradas, rojas o marrones, son bellas. Pero si no caen me producen desasosiego. Como si el paso del tiempo quedara suspendido de una rama, de la misma manera que las agujas paradas de un reloj estropeado. ¿Y si el otoño fuera una estación perpetua? Con estos desvarios (y el run rún del cambio climático) andaba yo en la semana del Purple leonés y los padres de la patria.

Estos días en que nos empachan de constitucionalismo y atan los perros con longanizas los que se autodenominan bloques constitucionalistas pero no saben lo que es cumplir lo más básico de la Constitución, el derecho al trabajo, vivienda y salario digno. Como si las otras fuerzas hubieran sido elegidas al margen de la Constitución.

Fiesta pomposa

Es una lástima que la única fiesta de la era democrática, junto con el Primero de Mayo, no sea un motivo de celebración popular y se haya quedado reducida a una celebración pomposa. Claro que hay que reivindicar la Constitución. Y no únicamente para conservarla en un baúl con bolas de alcánfor que se airea cada mes de diciembre como una reliquia.

La Constitución de 1978 costó sangre, sudor y lágrimas. Y también fue motivo de fiesta y alegría. Después de cuarenta años de dictadura gris o más bien negra, bendecida por la jerarquía católica, se lograron cosas tan magníficas



*RAJOY ES COMO ES UNA
DE ESAS HOJAS QUE SE
AFERRAN AL ÁRBOL Y
NO CAEN EL OTOÑO
TENGA LOS DÍAS
CONTADOS, ESO SÍ, SIN
LA BELLEZA DEL
LUMINOSO AMARILLO*

como todos y todas fuéramos iguales, un estado aconfesional y el derecho fundamental a la libertad de expresión.

No se debe permitir que se apropien de la Constitución esos partidos que se dicen constitucionalistas. Hay que hacer más pedagogía y menos demagogia constitucional. Querer cambiarla no es ir contra la Carta Magna ni contra la patria. Y que lo pidan los nuevos partidos (algunos viejos y padres de la Constitución, por cierto) no es un síntoma de deterioro democrático, sino todo lo contrario.

Son interpretaciones interesadas de quienes se benefician, principalmente Rajoy, de que el problema catalán, por poner un ejemplo, siga siendo un problema. De quienes han hecho un dogma de las dos Españas y cultivan la bipolaridad del país, pues de lo contrario tendrían que responder ante la Constitución de lo que no hacen.

Luminoso amarillo

Ese político que se vende en la prensa internacional como el supermán contra los populismos en Europa quiere ser una de esas hojas que se agarran al árbol y no caen nunca. Que ni están secas ni están vivas. Que no sienten ni el frío ni el calor. Como si nunca fuera a llegar el invierno y luego la primavera. Y al final la explosión del verano.

Pero, desde luego, sin su belleza. Sin la luminosidad del amarillo que ayer descubrí por sorpresa en los cuadros de Pelayo Ortega, pintor de aquí al lado, Mieres, reconocido internacionalmente, que ayer inauguró exposición en la Galería Ármaga. Un día extraordinario. Llegamos sin querer al origen. A ese punto en el que somos pequeñas criaturas en la inmensidad del universo. Y supimos que su abuela materna, Leonor Martínez León, nació en la margen izquierda del Esla, en Villaornate, mi pueblo. ¡Qué cosas tiene la vida! Y los *encuentros*, que dice Teresa García Ferreiro, amiga berciana y asturiana. De las del alma.

VANESSA
CARREÑO

¿CASUALIDAD O CAUSALIDAD?

Hay quien piensa que las cosas pasan por casualidad. Yo, si me lo permite, no creo en las casualidades. Creo que las cosas pasan para algo, que todo tiene una explicación y que nada sucede sin motivo. Es decir, creo en las causalidades.

Le pongo un ejemplo. Hace poco me encontré «por casualidad» a una amiga de la infancia. Es veterinaria y, en medio de una conversación de esas de ascensor, me habló de una enfermedad muy grave que tienen las perras de edad avanzada. Sin venir a cuento nombró los tres síntomas principales de ese mal. Dos semanas después los observé en mi perra. Y, gracias a que recordé lo que esta amiga me había contado, la llevé inmediatamente al veterinario. Se salvó por los pelos.

¿Casualidad o causalidad? Como le decía, no creo en las casualidades. Opiño que siempre hay un «para qué» detrás de todo lo que nos pasa. El problema es que a veces no sabemos buscarlo, no nos damos tiempo para descubrirlo



o nos preguntamos «¿por qué a mí?» en vez de «¿para qué a mí?». En definitiva, que no confiamos en la vida.

Y sólo cuando uno confía puede llegar ese momento en que todas las piezas encajan. Cuando, pasado un tiempo desde que te despidieron, te das cuenta de que gracias a eso has encontrado un trabajo que realmente te motiva. O cuando, pasado un tiempo desde que tu pareja te dejó, conoces a alguien maravilloso que te cambia la vida. O cuando, pasado un tiempo desde que perdiste esa casa que tanto te gustaba, encuentras otra que encaja mucho mejor en lo que necesitas.

Sí, estoy convencida de que, tarde o temprano, todo encaja y todo cobra sentido. Porque, como decía Steve Jobs, «es imposible conectar los puntos mirando hacia adelante, pero es muy fácil hacerlo mirando hacia atrás».

Así que, si quiere, le invito a que recuerde algún acontecimiento de su vida que en aquel entonces le resultara doloroso y que le busque un «para qué». ¿Para qué le pasó aquello? Con suerte se dará cuenta de que la vida es tan sabia y tan mágica que nos responde con lo que necesitamos en cada momento.

www.coachingtobe.es



ANDRÉS ABERASTURI

A FERNANDO BLANCO, PADRE DE NADIA

Señor: No me dirijo a usted de ninguna forma porque, naturalmente, me resulta muy difícil tenerle en estima pero tampoco quiero participar en su linchamiento; de eso se encargarán en todo caso los tribunales. Pero sí me siento legitimado moralmente para escribirle a usted con una mezcla de pena, estupor y rabia porque sus actos, ese acudir a los platós de las televisiones, ese negocio miserable que al parecer se ha montado, no sólo le ha estallado a usted en las manos sino que ha dejado un reguero de víctimas. Y la primera de todas, su hija Nadia que ha puesto cara al dolor ajeno por completo en su inocencia. Nadia es la primera y la gran víctima. No sé realmente

lo que le pasa, qué enfermedad tiene y qué futuro le espera; ha dicho usted tantas cosas, que ya es imposible tener casi nada claro.

Pero no sólo Nadia, señor. Usted ha sembrado la desconfianza en el corazón de la gente buena, ha puesto en peligro la posibilidad de otras muchas vidas que de verdad necesitan de la solidaridad de todos para seguir agarradas a la esperanza de encontrar remedio a las enfermedades que llamamos «raras» y que necesitan de todos para su investigación. Y usted, señor, ha cuestionado a profesionales de la información que es verdad que deberían haber contrastado su historia antes de publicarla, pero que actuaron de buena fe porque gracias a Dios, en contra de lo que nos enseña la buena praxis de esta profes-

sión, aún caemos en el pecado de emocionarnos con la historia de una niña que puede morir sin pensar que es su propio padre el que nos está vendiendo una mentira. Usted ha sacado los colores a muchos colegas que le creyeron y que han tenido que pedir perdón por dejar que el corazón les pudiera más que una estricta y siempre exigible profesionalidad.

No sé qué será de usted ni cómo acabará esta lamentable historia; lo que sí me duele es no saber qué será de Nadia. Sólo quería decirle que lo malo de estas aventuras es que no se solucionan de ninguna manera, ni devolviendo el dinero estafado, ni pidiendo perdón. Usted ha roto el siempre frágil cristal de la solidaridad y un cristal roto jamás puede repararse.